

Problemática de la cultura de masas

NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE

I. CULTURA DE "ÉLITE" Y CULTURA DE MASAS

NACIDO EN BS. AIRES en 1918. Profesor de filosofía graduado en el Instituto Nacional del Profesorado (Bs. Aires). Fue profesor adjunto de sociología en la Universidad de Tucumán y de sociología y psicología social en la Universidad del Litoral. Actualmente es profesor de sociología argentina y americana y director del Instituto de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Argentino de la Universidad de La Plata. Profesor de teoría sociológica en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. PUBLICACIONES: Korn y el problema de la cultura nacional; La filosofía social de Alberdi; Un esquema sociológico de la Argentina; La filosofía social de Sarmiento; El problema del carácter nacional argentino; La filosofía política de Mariano Moreno; Las consecuencias sociales de la automatización; Teoría sociológica y sociedad de masas, *entre otras*.

LA contraposición entre una cultura de "élite" y una cultura de masas, se ha abierto camino como un fenómeno particular de las transformaciones producidas en el proceso de modernización de la sociedad. La cultura, no en su concepto antropológico de "manera total de vivir de un pueblo", o "legado social que el individuo recibe de su grupo", sino en cuanto conjunto de bienes del espíritu, de la más alta significación: arte, conocimiento, sistemas de ideas, normas y valores explícitos, ha sido, desde tiempo inmemorial, creación de minorías, para ser participado por minorías. Toda cultura, atendiendo a esas aclaraciones, fue, es y será, de "élite". Al parecer, hay que vincular dicha modalidad con relaciones sociales muy específicas de privilegio, emanadas del poder económico y político, pero también con la complejidad de los problemas, y ciertas exigencias ligadas a las técnicas de elaboración de los bienes culturales. A partir del disfrute de lo que ciertos teorizadores llamaron "el ocio digno", en cuanto forma de justificación de las facilidades

que otorgaban aquellos poderes, esas técnicas tuvieron durante siglos fórmulas de restringida circulación y se vieron dificultadas para expandirse, en función de la distancia social institucionalizada a través de sociedades que carecían de un sistema económico de naturaleza industrial, fundado en la ciencia y la tecnología.

En nuestra época comprobamos la coexistencia de una cultura de "élite", junto a una cultura de índole popular, espontáneamente generada de la vida comunitaria, aunque cada vez más restringida por la creciente generalización de las pautas de la vida urbana. Asimismo, y revistiendo las modalidades de un fenómeno de omnimoda presencia, se afirma la cultura de masas, con sus productos compartidos por millares de personas, presentados, utilizados y asimilados, por intermedio de la prensa, la radio, el cine, la TV, otros tantos efectos de la pauta científica y técnica, aplicada a la emisión y recepción de símbolos.

La oposición e interrelación de la cultura superior y la cultura de masas, la influencia de la primera en la segunda, la posibilidad de obtener en esta última, productos más depurados, la competencia entre ambas, el conflicto latente entre minorías y mayorías, los problemas de las técnicas de producción, de las metas a que se tiende, de las actitudes y los valores expresados; en fin, los problemas de inversión, de administración, de control, y las tensiones entre las instituciones del estado y las privadas, son las cuestiones candentes ligadas a los interrogantes básicos de nuestro tiempo.¹

El problema no sólo está planteado y vivido en el ámbito de los especialistas de la cultura de masas y de los intelectuales que cultivan los diferentes dominios de actividades culturales, científicas, filosóficas, estéticas, sino que emerge de las preocupaciones de moralistas, teólogos y políticos, tanto como en la de los educadores y teóricos de la educación, sobrecargados ahora de interrogantes acerca de la pedagogía para una era técnica. No hay forma, pues, de trascender esos condicionamientos con clase alguna de planteos semánticos o dialécticos acerca de la legitimidad o ilegitimidad de la oposición entre ambas culturas. Como propone Roland Barthes, tal vez sea conveniente tomarla a la letra.²

¹ A los fines de una actualización de los problemas relacionados con el tema, remitimos a la revista *Communications*, de la École Pratique des Hautes Études-Centre d'Études des communications de masse, en especial al N° 5 (1965), dedicado a examinar las relaciones y contraposiciones de la cultura superior y la cultura de masa.

² BARTHES, ROLAND, en *Communications*, N° 5, pp. 33-36.

II. GRUPOS DOMINANTES Y MONOPOLIO CULTURAL

Empecemos por señalar que en toda cultura hallamos fórmulas y respuestas orientadas a desenvolver las virtualidades del ser humano, para hacerlo así capaz de mejorar la tarea, sea ella cual fuere, que la vida, el propio destino y los requerimientos sociales o su libre vocación, exigirán de él. En occidente, en sus manifestaciones superiores, se centró en el lenguaje y en la transmisión de toda clase de símbolos, y comprendió la formación estética, artística, literaria, antes que científica, dentro de los cánones de la cultura clásica; se impregna fuertemente de religión y teología, en la cultura medieval; muestra, dentro de los lineamientos de la cultura moderna, la importancia creciente de la ciencia y la tecnología.

En sus comienzos, como la subraya Irenée Marrou³, asistimos al paso progresivo de “una cultura de nobles guerreros, a una cultura de escribas”, o de doctores, esto es, de gentes del libro: los últimos, con un doble significado: técnico y moral. Cargaban el acento en lo escrito y dominaban los secretos de la escritura; a su vez, actuaban como funcionarios, al servicio de las necesidades prácticas y de administración: sólo tardíamente, extendieron su labor hasta comprender la formulación de los dogmas teológicos, o de los principios metafísicos. Recién a través de una evolución de siglos, llegan a consagrarse al cultivo del pensamiento abstracto.

Desde muy temprano se afirma un dualismo: las clases ociosas o dominantes, se reservan para sí la riqueza y el saber, la cultura intelectual y del espíritu; las clases dominadas, tienen asignado como destino, el trabajo y la ignorancia, salvo el cultivo de aquel mínimo de nociones imprescindibles para la realización eficaz de las tareas materiales. En todas las culturas, nos advierte Aníbal Ponce, esa diferenciación, se repite con “regularidad impresionante”⁴.

En los sabios de China, el saber, suscitador de deseos, no era administrado al populacho, del cual se debía esperar “músculo sólido y voluntad escasa, estómago satisfecho y corazón vacío”.

En Polinesia, los miembros privilegiados de una tribu, llegaron a expresarles a los primeros visitantes europeos que “les parecía muy bien instruir a sus propios hijos, pero que en lo relativo a los hijos del pueblo, destinados a vivir siempre en estado servil y a no tener, por lo tanto, ni propiedad ni servidores, la instrucción les era absolutamente inútil”⁵.

³ MARROU, IRENÉE, *Histoire de l'Education dans l'antiquité*, Ed. Du Seuil, 1948, p. 18.

⁴ PONCE, ANÍBAL, *Educación y lucha de clases*, Bs. As., Ed. El Ateneo, p. 30.

⁵ PONCE, ANÍBAL, *ob. cit.*, p. 30.

Y entre los incas, sus clases dirigentes se oponían a que fueran impartidas a los plebeyos las ciencias, porque las estimaban monopolio de los nobles. Al decir de uno de ellos, resultaba lógico impedir que “las gentes bajas (...) se eleven y ensoberbezcan y menoscaben y apoquen la república: básteles que aprendan los oficios de sus padres, que el mandar y gobernar no es de plebeyos y que es hacer agravio al oficio y a la república, encomendársele a gente común”⁶.

III. LAS “ÉLITES” GOBERNANTES Y LOS TEORIZADORES

Se comprende, dentro de esos marcos estructurales, que el soberano y su familia, los funcionarios y magos, los sacerdotes y los guerreros tuvieran entre sí una fuerte cohesión, opuesta a la del resto de la sociedad, y que cultivaran, por todos los medios a su alcance, la distancia social en que se asentaba su dominio. En ese contexto aparecen los teorizantes puros y sientan las bases de esa empresa de “desencantamiento del mundo”, identificada con la cultura occidental, según las demostraciones de Max Weber.

Ellos esclarecen metas, medios y fórmulas, todo lo cual va unido al ejercicio de las aptitudes del espíritu y del intelecto, en contraposición a las fuerzas casi puramente físicas, unidas al pesado trabajo de la plebe. De ahí se origina el dualismo entre teoría y práctica, trabajo intelectual y trabajo manual o servil, artes liberales y artes mecánicas, que durante siglos hará fortuna.

En tanto las técnicas de dominio de la naturaleza y la organización social por ellas posibilitadas, se mantuvieron en las etapas anteriores a la aparición de la ciencia experimental y a la generalización del sistema económico de producción maquinista, se dio la monótona recurrencia de situaciones-límite en el ámbito colectivo. El poder y sus titulares presentaban rígidos cuadros de privilegio, al servicio de los grupos o clases dominantes, y la cultura superior se fundaba en explícitos objetivos y “técnicas de rarefacción”⁷: producida por unos pocos, con miras a las expectativas de unos pocos. Ningún criterio de expansión de los significados podía surgir en un mundo provinciano, asentado en barreras físicas y espirituales de todo tipo.

Mientras la humanidad no pudo ampliar su horizonte hasta abarcar el entero planeta que habita ni comunicar sus partes por los lazos mate-

⁶ PONCE, ANÍBAL, *ob. cit.*, p. 31.

⁷ *Communications, ob. cit.*, p.

riales del intercambio de productos y personas, las ideas y los criterios tuvieron que permanecer en los límites del usufructo minoritario convertido en privilegio.

Quienes creaban la cultura superior, en su escasa densidad, quedaron adscriptos a ser meros auxiliares de las clases gobernantes, justificadores de su dominación, en mayor medida que críticos de sus abusos. Por lo demás, en un mundo de subdesarrollo, de economías limitadas por los obstáculos de la naturaleza, en medida abrumadora, de espacios cerrados y ritmos temporales de larga duración para la mayoría de los propósitos humanos, empezando por la mera traslación en el espacio, con rudimentaria diferenciación social y en particular dentro de las ocupaciones, las actividades culturales se asignaban, de modo casi exclusivo, a los sectores del clero, dentro de los supuestos de una concepción teológica del mundo. Sólo con la irrupción de las formas de vida de la modernidad, a partir del Renacimiento, en estrecha alianza con el surgir del tipo humano del empresario burgués, la intelectualidad europea se seculariza e inicia un proceso de diferenciación ocupacional intenso. En esos comienzos se insinúa ya la larga evolución que llega hasta nuestros días, por la cual la cultura superior se difunde, se profesionaliza, se abre al diálogo y a la crítica, al par que se posibilitan nuevas fórmulas del saber, del arte, de los estilos de vida que van a confluir en la participación social y cultural de amplios sectores de los grupos medios y populares, de la nueva sociedad en gestación. Ello no ocurre de improviso, ni mucho menos de modo pacífico; no es una simple acumulación de resultados, un progreso a medir con criterio estadístico. Es la resultante de luchas y conflictos, de cruentos episodios de violencia, de una sucesión de revoluciones políticas que acompañaron, con sus definiciones acerca del mundo social, los acontecimientos intelectuales que posibilitaron, primero, la educación generalizada en cuanto deber público asumido por los estados y luego, las múltiples formas de consumo popular de bienes culturales.

El fenómeno con que nos enfrentamos en el punto de arriba, y cuyas implicancias exigirían ser consideradas en un espacio del que aquí no disponemos, muestra una cultura superior con multiplicidad de tendencias, valores, criterios, en crisis de revisión, con búsqueda de nuevos caminos en casi todos sus dominios: artes plásticas, música, literatura, ciencia, filosofía. Asimismo, la cultura de masas, originada en estrecha, si no exclusiva vinculación con los medios técnicos de elaboración y difusión de mensajes, después de un período de contenido unitario, que Edgar Morin fija entre 1925-1950, ha pasado a asumir también pluralidad de orientaciones, en correspondencia con la especialización creciente que irrumpe

en ella. Así, por ejemplo, antes se tenía el dualismo de un cine comercial y de las corrientes marginales de creadores independientes; ahora se cuenta con el cine de super-producción, el cine de autor, el cine reportaje-comunicación de la TV, y el denominado "cine-verdad" ⁸.

IV. LA SOCIEDAD DE MASAS

1. Datos demográficos

Para determinar, con referencia al presente, las modalidades de una cultura de masas, es oportuno preguntar por el advenimiento de la nueva sociedad. Y en primer término corresponde precisar los alcances del vocablo "masas". No cabe duda que ha de tenerse en cuenta el inusitado crecimiento demográfico mundial en la época moderna. Este queda registrado en el cuadro que elaborara Kingsley Davis, calculando los índices de crecimiento anual en distintos períodos, a partir de estimaciones formuladas por Carr-Saunders. Lo transcribimos a continuación, aclarando que, para el presente, el cálculo de la población del mundo sobrepasa los 2.500 millones de habitantes:

Años	Población mundial estimada (millones)	Porcentaje de crecimiento anual en el período precedente *
1650	545	—
1750	728	0,29
1800	906	0,44
1850	1.171	0,51
1900	1.608	0,63
1940	2.171	0,75

* Coeficientes medios geométricos calculados por la fórmula exponencial.

Es de real interés hacer notar que ese incremento demográfico tiene por causa principal la declinación de la mortalidad, y, en un primer período, a partir de la revolución industrial y hasta comienzos del siglo XIX, se debe al "abastecimiento más abundante, regular y variado de alimentos". Sólo con posterioridad intervienen en el proceso las ventajas en la lucha contra las enfermedades originadas en "la práctica de las ciencias sanitarias y de la medicina científica".

⁸ MORIN, EDGAR, en *Communications*, N° 5, pp. 16-19.

Si bien la población del mundo se ha cuadruplicado en los últimos trescientos años, es un hecho altamente significativo, por las soluciones halladas en su evolución económica y social, que los pueblos de Europa aumentaron sus habitantes, "en una proporción mucho más rápida que la del resto del mundo". Durante el mismo lapso "se multiplicaron más de siete veces, mientras que los demás pueblos se incrementaron solamente tres veces". En efecto, si en 1650 alcanzaron la cifra de 100 millones, en la actualidad puede estimarse que su población se acerca a los 800 millones. El cúmulo de conocimientos, técnicas y aptitudes humanas de los que han dado pruebas los europeos frente a los problemas críticos que origina el crecimiento demográfico, ilustran cabalmente su carácter pionero —en lo positivo y en lo negativo— respecto de otras zonas del globo⁹.

2. *Participación social creciente*

Pero no basta con la referencia demográfica; tanto o más que del crecimiento numérico de la población, la existencia y el comportamiento masivo resultan de los avances en la participación social de los individuos de las clases populares, con sus cambios en la mentalidad colectiva condicionados, según lo subrayara Ortega y Gasset, por el régimen político de la democracia liberal, el industrialismo en cuanto nueva forma revolucionaria de la producción económica, y la educación pública generalizada a todas las capas de la población.

3. *Importancia de los grupos secundarios*

La nueva sociedad revela un desplazamiento de la importancia de las experiencias comunitarias en los grupos primarios, típicos de la sociedad tradicional: familia, vecindario, amigos. A su vez, crece en ella la proliferación de grupos secundarios, de base contractual, con relaciones puramente funcionales, de participación segmentaria de la personalidad, orientada hacia metas de interés económico, ideológico, recreativo, profesional, con sus códigos de normas.

4. *Urbanización e industrialización: Paradojas de la coexistencia de lo racional y lo irracional*

La urbanización, la movilidad social, la división del trabajo y la especialización económica e intelectual, son mayores que en el pasado.

⁹ Cfr. DAVIS, KINGSLEY, *Corrientes demográficas mundiales*. México, Ed. F. C. E., 1950, pp. 12 a 15.

Entre los rasgos típicos de la sociedad contemporánea, se destacan:

1. La racionalidad instrumental o capacidad de manipulación de instrumentos y técnicas;
2. Las relaciones impersonales;
3. La especialización extrema de los papeles sociales;
4. La importancia de la sugestión y la persuasión, en particular, a través de los medios de comunicación masiva.

Aun así, al nivel de las técnicas sociales, a tenor del auge de la propaganda comercial, se intensifican la propaganda ideológica y la política, y son muy frecuentes los fenómenos multitudinarios: manifestaciones políticas, asambleas, audiencias, espectáculos.

Los efectos se hacen sentir en la soledad, pues en esas muchedumbres, en que cada hombre está unido a los otros por lazos débiles, superficiales y momentáneos, se origina la pérdida del sentido de intimidad y de seguridad, fenómeno éste agravado por la aceleración del proceso histórico.

Resultante, al parecer contradictoria, en un mundo tecnificado y en el que logra máximo prodigio la racionalidad científica, es la de una irracionalidad activa y latente, que recorre los conductos individuales y de grupo.

De una parte, la democratización de las necesidades, y de otra, una demanda en aumento de su satisfacción igualitaria.

La atomización de la vida social, la pérdida de actitudes y valores duraderos, crea la fuerte búsqueda de centros de coordinación y estructuración de la vida personal; a esas expectativas responden los medios de comunicación de masa, principales proveedores de los símbolos que nutren la nueva cultura.

5. Tecnificación de la sociedad y de la cultura

No es, por cierto, la espontaneidad de fuerzas o factores en concurrencia indeliberada, la que genera esos efectos. Hay allí un complejo de fenómenos y cada uno de ellos muestra un cierto grado de dominio de las condiciones naturales, por contraste con el sinnúmero de obstáculos con que el ambiente presionaba al hombre de otras épocas. El pensamiento, bajo la forma del espíritu planificador, irrumpe de manera ostensible. La organización de la sociedad y la cultura, de acuerdo al análisis de Paul

Problemática de la cultura de masas

Meadows, pone en evidencia el influjo conjunto de cuatro tecnologías principales:

- a) *La tecnología industrial*, de la mecanización en gran escala, con un nuevo método de organización de la producción; esto es, *el industrialismo*.
- b) *La tecnología política*, del gobierno centralizado, reflejada en el *Estado-Nación*.
- c) *La tecnología social*, de la urbanización y comercialización, que crea la sociedad urbana, contractualista y secundaria.
- d) *La tecnología psicológica*, de la comunicación de masas, que condiciona una nueva modalidad de los intereses humanos, con predominio de los movimientos de masas, exponentes de un proceso social con creciente interdependencia de sus partes y en que grupos sociales y personas aisladas se hallan igualmente condicionados por la presión estructural de poderosas fuerzas impersonales.¹⁰

¿Cómo se ha hecho posible esta colectivización de la vida, si el punto de partida de la situación contemporánea tuvo un momento de afirmación de los derechos de la persona humana y de la búsqueda de su autonomía en todos los órdenes? ¿En qué ha venido a resultar la idea del individuo humano en busca de su autorrealización, en plena expansión de sus potencialidades, sostenida como programa hasta en el Manifiesto Comunista?

V. EL PASO DE UNA SOCIEDAD DE PÚBLICOS A UNA SOCIEDAD DE MASAS

1. *Los supuestos del liberalismo*

La evolución dentro de los supuestos institucionales de la sociedad moderna evidencia, de acuerdo a las observaciones de Wright Mills, el paso de una sociedad de públicos, a una sociedad de masas.¹¹

En la teoría del liberalismo, cada individuo concurriría, en cuanto tal, a constituir el poder político, en concordancia con la idea de una sobe-

¹⁰ MEADOWS, PAUL, *La tecnología y el orden social*, México, Ed. Universidad Nacional Autónoma (s. f.).

¹¹ WRIGHT MILLS, CHARLES, *La élite del poder*, México, Ed. F. C. E.

ranía del pueblo, que reemplazaba a la soberanía de los reyes por derecho divino.

La opinión, surgida de la libre discusión de las ideas, se entendía como una atmósfera pública, resultante de seres humanos vinculados en círculos o asociaciones, sin que se pensara en la posibilidad de monopolio alguno por parte de grupos o partidos. Era la imagen de una sociedad pluralista, reflejada en los múltiples intereses, las ideologías, las creencias, los partidos políticos; otros tantos órganos de la misma.

2. La sociedad actual y el nuevo módulo de las relaciones entre minorías y mayorías

Esa es la perspectiva de la democracia clásica; pero los tiempos que corren la dejan atrás, aparte el hecho de si alguna vez evidenció esos rasgos puros, al igual que la competencia económica perfecta.

No obstante, puede admitirse que la proliferación de públicos donde las personas discutían y analizaban sus problemas en reciprocidad de perspectivas, existió en un pasado reciente, y tuvo relativa vigencia. Pero ello no ha de impedirnos reconocer que su transformación o conversión a las pautas de la sociedad de masas, es un fenómeno desarrollado ante nuestra vista.

Una suerte de armonía preestablecida permitía dar —en teoría al menos— la fundamentación del pluralismo de otrora: los intereses podían conciliarse pacíficamente, con racionalidad, sin luchas, sin tensiones o conflictos que desintegraran la sociedad, sino más bien, favoreciendo su dinámica, haciéndola flexible y matizada en su marcha.

En lo que va del siglo —en “estos años locos”— asistimos al espectáculo y tragedia de las dos guerras mundiales, a la agudización de las luchas de clases, de “élites”, a las presiones organizadas al servicio de intereses creados, a las apelaciones irracionales, a la intensa burocratización del poder público y privado, a la importancia de los expertos en las más agudas cuestiones de trascendencia económica, social y política, a la distancia honda entre los que toman las decisiones y la gran mayoría de la población, al predominio abusivo de las audiencias en que una persona habla a muchas que no mantienen sino superficiales relaciones entre sí, o que carecen de contactos. Eso aparte, existen precisos y reconocibles accesos a la opinión pública, controlados por poderes privados o estatales, condicionantes del fluir, que se suponía universal, por accesible a todos los ciudadanos, de la imagen racionalista de la teoría política del liberalismo.

Problemática de la cultura de masas

Nos hallamos, pues, con el hecho incitante de una cultura de masas, sea cual fuere el contexto político o ideológico en que se desenvuelva.

VI. CULTURA DE MASAS

1. *Cultura de masas, producción industrial y ocio*

En la definición de Friedmann, el término "cultura de masas" corresponde al fenómeno de la producción de bienes de consumo cultural, puestos a disposición del público por los medios de comunicación de masas (prensa, radio, cine y TV), de acuerdo con las pautas de la civilización técnica.

No se trata de un hecho aislado, sino que se integra en una constelación que incluye el concepto científico del trabajo, la producción en masa y en serie, la automatización, la información y comunicación, las actitudes nuevas hacia el consumo y el hedonismo, tanto como los comportamientos fuera del trabajo.¹²

2. *Los medios de comunicación de masas y el producto cultural en serie y por equipos*

Los medios de comunicación de masas, factores diferenciales en la génesis de esta nueva cultura, son aspectos del carácter industrial de la misma, no sólo por la utilización de una variada tecnología, sino por la tendencia al producto corriente, tipificado. Aún así hay que señalar, sin embargo, que esos medios se hallan abiertos a la creación artística y a la libre invención, dentro de los cánones de un nuevo tipo de productividad intelectual y estética: el trabajo en equipo. Un ejemplo característico lo hallamos en el cinematógrafo, que tiene dadas pruebas continuas de sus derechos a ser considerado un elemento peculiar de la cultura superior de nuestro tiempo, no obstante ser un típico arte para las masas.

3. *Las metas de las culturas de masa*

En este punto no correspondería quedarse en abstracciones. Bien es cierto que los medios tecnológicos no son sino canales, vehículos, transmisores de mensajes, de los significados humanos que constituyen una cul-

¹² FRIEDMAN, GEORGES, en *Communications*, N° 1, 1960.

tura. Su utilización no depende sustancialmente de los criterios que los creadores y productores de cultura, intelectuales en sentido estricto, quieran hacer valer. Tampoco es del caso pensar que sus aspectos negativos provengan de una voluntad que hubiera desistido de acercarse a las multitudes, reservando sus contribuciones para el disfrute y la elevación de grupos selectos. Antes bien, el acceso a los medios de comunicación de masas supone —en rígido determinismo— el acceso a la estructura de la propiedad de los mismos y a las situaciones de monopolio que de ello resultan. Aquí se advierte cuán complejo es el problema. En régimen capitalista, cuatro tipos de “élites” se disputan el acceso a los medios de comunicación de masa: la militar, la económica, la política y la religiosa.¹³ En régimen no capitalista, con diferentes connotaciones, pesan esas mismas “élites”, aunque transformadas en funcionarios y con predominio del grupo partidista, esto es, de los expertos en una cultura ideológica explícita y planificada, controlada desde un centro de monopolio del poder: el Estado.

En la mayoría de los países occidentales, en la base de estos medios de comunicación de masas, existe el predominio de una financiación capitalista y, también, como objetivos a lograr, el conformismo con el orden social vigente, la homogeneización de las capas sociales en que se nivelan los estratos y las edades, y la búsqueda del máximo consumo de los bienes producidos, atendiendo a la finalidad del máximo beneficio para los empresarios: más ejemplares de diarios, de periódicos, de revistas; mayor audiencia, más espectadores de cine, más telespectadores. Este proceso se complica por las modalidades de la propaganda comercial que penetra por todos los costados, igualmente interesada en el mayor consumo, aunque no de bienes culturales estrictos, sino de bienes de carácter material.

Otro rasgo de interés, es el que se relaciona con la intensidad y continuidad de los estímulos que proveen los medios de comunicación de masas durante todas las horas del día, y a veces de la noche, creando una atmósfera colectiva de actitudes y motivaciones que orientan hacia valores y estilos de conducta inducidos por quienes toman las decisiones respecto del tipo, calidad y cantidad de los mensajes emitidos.

Aquí surgen apasionantes problemas sobre la manipulación de la mentalidad colectiva para fines privados o del Estado y las normas sociales y la reglamentación destinadas a salvaguardar los valores de verdad, libertad y justicia, frente a los propósitos desvirtuadores de quienes presionan sobre la opinión pública.

¹³ PASQUALI, ANTONIO, *Comunicación y cultura de masas*, Universidad Central de Venezuela, 1963, p. 46.

Problemática de la cultura de masas

En los países en vías de desarrollo y, muy en particular, en los de América latina, la situación adquiere caracteres dramáticos, si se piensa que el estilo operante de los medios de comunicación de masas, exhibe una variada gama de matices, todos ellos coincidentes en un aspecto esencial: el contenido del saber y de la cultura es confiado a “un reducido número de agentes transmisores, quienes actúan como funcionarios y “expertos” de grupos de presión ajenos a las esferas culturales, para canalizarlo y enviarlo al dilatado ámbito de individuos receptores”. Las cosas se complican si, tal como ocurre en nuestros países, en la exacta descripción de Antonio Pasquali, a quien pertenecen las palabras anteriores, la difusión popular del saber y la cultura, queda limitada “a una relación unilateral entre una oligarquía informadora convertida en ‘élite’ y una muchedumbre indiferenciada de receptores, convertida en masa”¹⁴.

La expresión arquetípica de esa unilateralidad de propietarios armados de los medios de comunicación masiva, y de no propietarios forzados al silencio, engendra lo que acertadamente califica el mismo autor, de “frustración por mudez del receptor de informaciones”¹⁵, caso arquetípico del forzado a la incomunicación a falta de los medios de hacerse valer en su posible réplica.

Cuando se agregan a esos elementos de interpretación, las evidencias acerca del mimetismo cultural con que proceden las “élites” dominantes de las sociedades dependientes, se comprende en qué medida la importación de productos manufacturados no se reduce a los bienes materiales y que hay toda una amplísima variedad de productos culturales, de tipo industrial que, con centro de origen en las estructuras metropolitanas, injertan significados alienantes en la mentalidad de los ciudadanos de los países de la periferia. Desde las tiras cómicas en serie, las agencias de noticias, hasta las revistas para niños, adolescentes y adultos, los libros promovidos y el inmenso caudal de programas, reportajes, canciones, que así penetran, se trata de símbolos y valores que desfiguran sistemáticamente la percepción e ideación de los problemas de su propia realidad, en los hombres del país controlado.

4. *El eclipse del público y la manipulación de las masas*

En suma, entre los eclipses visibles de la comunidad, de la razón, hay que contar con el eclipse de los públicos, compuestos de ciudadanos

¹⁴ PASQUALI, ANTONIO, *ob. cit.*, p. 11.

¹⁵ PASQUALI, ANTONIO, *ob. cit.*, p. 29.

racionales —o racionalistas— con capacidad para opinar y voluntad de expresarse, a la vez que con garantías para ello. Estamos ahora en el complejísimo fenómeno de la opinión que se emite, se recibe y circula, ajustada a las condiciones contemporáneas de una intrincada tecnología.

Paradójicamente, las masas están en todas partes, llenan los espacios sociales; pero, en cuanto tales, no se rebelan, a pesar del diagnóstico que formulara Ortega y Gasset hace más de treinta años. Las masas no operan como factores decisivos, son manipuladas con un inmenso aparato de técnicas, de canales de información, por minorías que revisten las formas de grupos de presión, de burocracias públicas y privadas, de asociaciones de todo tipo, de instituciones con un papel estratégico en las luchas por el poder en el ámbito nacional y mundial.

5. Aspectos negativos y positivos de la cultura de masas

Imágenes, palabras, son signos que están en las mentes para traducir significados, esto es, conceptos, normas, valores, criterios, y para inducir decisiones: pero en la cultura de masas ellos no son generados a partir de la apropiación de la experiencia que cada persona realiza en un mundo abierto y clarificado por la reflexión crítica y el diálogo. El uso de la tecnología de la información antes que un medio para liberar a las mentes, consolida la servidumbre a los poderes constituidos, a las estructuras económicas, sociales, políticas, defendidas por "élites" o clases dominantes.

El problema crucial, como lo subraya Wright Mills, es éste: hasta la imagen que cada individuo tiene de sí mismo, de sus metas, de sus aspiraciones, es originada por procesos de factura colectiva, controlados, usufructuados, con escasas excepciones a la regla, por grupos de personas que monopolizan los medios de expresión y hacen la opinión circulante, sin la cual ningún orden social se mantiene.

No obstante, el proceso de democratización fundamental, destacado por Mannheim, es irreversible. No se puede volver atrás. No es falsificando la participación social y política de los individuos que se hallará remedio a los efectos negativos de la masificación. Tampoco puede confiarse la solución del problema a ningún retorno a los criterios minoritarios.

Una democracia militante tiene que optar por una nueva selección de minorías y una redefinición de sus relaciones con las masas, tanto como por un replanteo del problema de la distancia social y de las relaciones humanas de tipo personal, aún dentro del contexto colectivista.

Problemática de la cultura de masas

Aunque algunos intelectuales han alzado su voz para subrayar las consecuencias desvirtuadoras de lo humano que acarrea la cultura de masas y, en especial, la tecnología de la información a su servicio, no ha de pasarse por alto el papel decisivo que ella puede tener en nexo con el desarrollo económico y social. La sociedad moderna es industrial, urbana, alfabeta y participante. Hay razones funcionales que fuerzan a promover la interrelación en gran escala y esa capacidad de sentir en común o empatía, cualidad imprescindible para constituir una sociedad nacional. A ese fin, los medios de comunicación de masa permiten contribuir a romper el temor al cambio y a la modernización, estimulando a las personas para que aspiren a mejores niveles de vida, suscitando las actitudes, las motivaciones y los valores que creen el clima adecuado dentro del cual el desarrollo sea un imperativo. Por otra parte, a un nivel más elemental, en los países subdesarrollados, son un instrumento de la mayor eficacia en las campañas sanitarias, en el mejoramiento de la agricultura, en el destierro del analfabetismo y, en buena medida, en la educación formal en todos sus niveles.¹⁶

La problemática de una cultura de masas suscita, según se advierte, serias cuestiones, no ya en un sentido teórico y metodológico sino, y de manera principal, al nivel de las decisiones que la práctica concertada, en función de objetivos comunes, debe resolver; pues hay ciertos nudos que sólo la acción desata.

¹⁶ Cfr. SCHRAM, WILBUR, *Las comunicaciones de masas y el desarrollo de las naciones*.